

tan de insectos pequeños y débiles, sobre todo de moscas, mariposas, escarabajos, langostas, orugas, arañas y quizás también de gusanos; y recordé haber leído que deben esperar con paciencia hasta que se les ofrece una presa, así como que nunca pueden coger insectos grandes. Ahora observaba todo lo contrario. Los camaleones subían y bajaban por las ramas, enroscándose entre sí con sus colas cuando les faltaba espacio; disputábanse los mejores sitios con gestos amenazadores; su vista penetrante escudriñaba todos los rincones de las superficies verticales y horizontales; y muchas miradas se fijaban en la misma presa, la mosca escapada de una lengua caía seguramente en alguna de las muchas que la esperaban. Unas fuentes bastante grandes llenas de gusanos de harina quedaban vacías en un instante; el contenido de una espaciosa caja regalada por el jardinero, y llena de orugas, se desocupó en veinticuatro horas por mis cuarenta camaleones, y á pesar de esto, los ojos miraban con avidez para buscar nueva presa; mis cautivos me parecían mas voraces que ningun otro reptil conocido.

No he podido averiguar con seguridad de qué modo el camaleon coge su presa. Parece que coge con la punta de la lengua el insecto en que su vista se ha fijado, pues la saca con la rapidez del rayo y con la misma prontitud desaparece; otras veces diríase que puede emplear la punta de la lengua á manera de tenazas. Lo cierto es que vi muy á menudo que el insecto tocado por la punta de la lengua está perdido casi sin excepcion. Mis camaleones menudeaban sus ataques contra un platito lleno de gusanos de harina, y nunca se retiró una lengua sin presa; con mucha frecuencia se veían dos ó tres gusanos á la vez en la lengua sin que ninguno de ellos hubiera caído al entrar en la boca. La seguridad de aquel órgano causó asombro á todo el mundo.

Antiguos naturalistas han pretendido que los camaleones daban á luz sus hijuelos vivos, pero observaciones modernas han demostrado lo contrario; sin embargo, como ya dijimos al tratar de los escamosos en general, este punto es accidental y de ninguna trascendencia; pudiendo muy bien suceder, en casos aislados, que algunos camaleones conserven los huevos en los oviductos hasta el momento de romperse la cáscara. El acto del desove ha sido observado repetidas veces, si bien, que sepamos, siempre en animales cautivos. Véase lo que refiere Valliesnieri sobre el particular: «Observé un día que uno de mis camaleones estaba muy inquieto en las ramas con que había adornado su jaula, y que por último con su natural pereza fué bajando al suelo; una vez allí empezó á correr de un lado á otro, hasta que se paró en un rincón en el cual no había ni arena ni polvo, y sentándose allí empezó á escarbar la tierra con su pata delantera. Como el terreno era bastante duro, le costó dos días de trabajo casi incesante, para convertir el agujero en una cavidad de unas cuatro pulgadas de diámetro por seis de profundidad, dentro de la cual se colocó depositando en la misma treinta huevos, segun pude averiguar despues. Una vez terminada esta operacion que fué llevada á cabo con bastante diligencia, volvió á cubrir el agujero con las patas traseras, como suelen hacer los gatos cuando quieren tapar su excremento; pero no encontrando esto suficiente, la hembra fué en busca de hojas secas, paja y pequeñas astillas, formando un montículo sobre el agujero que contenía los huevos.» Los huevos de los camaleones son redondos y de un gris blanquizo; la cáscara es calcárea, pero muy porosa. Todavía no se sabe á punto fijo el tiempo que tarda el desarrollo de los gérmenes.

«Camaleon visto, camaleon perdido,» dice un refran italiano, y no deja de ser muy exacto; pues á pesar de sus varios cambios, el color poco llamativo de su piel le protege en gran

manera contra el ataque de los numerosos enemigos que acostumbran á acecharle. No tan solo los pequeños cuadrúpedos y la mayor parte de las aves de rapiña, sino también los cuervos y las garzas reales, las cigüeñas, las grandes serpientes y hasta los varanos y otros reptiles, son cazadores infatigables de estos séres inofensivos. El hombre también lo caza con tenacidad; pues siendo animal considerado generalmente inofensivo, y llamando tanto la atención su peculiar configuración, es muy buscado por los aficionados. Desgraciadamente se hace esta caza de la manera mas brutal: como al camaleon, una vez agarrado á una rama, cuesta algun trabajo, y mas maña todavía, separarle de la misma, por lo comun se le arranca de su puesto á viva fuerza, y hasta se prueba á echar al suelo á pedradas á los que se hallan fuera del alcance de la mano, es por lo tanto muy difícil obtener individuos de este género que no hayan sufrido algun percance, y la mayor parte se mueren á las pocas semanas, á consecuencia de los malos tratos que han sufrido.

CAUTIVIDAD.—En los primeros días, se muestran los cautivos muy irritables, soplan y silban cuando se acerca el guardian, y hasta procuran morderle; pero pronto varían de conducta y se acostumbran al hombre, acabando por demostrar, con el trascurso del tiempo, cierto cariño al que los cuida. Atendidos debidamente pueden permanecer varios años en cautividad; ante todo necesitan un calor templado é igual; debiendo proporcionárseles también cantidad suficiente de moscas, arañas, langostas, gusanos, etc. Nunca tocan los camaleones insecto alguno muerto, aunque pertenezca al género mas de su agrado: todo lo que comen ha de ser vivo. Jamesson refiere que un jardinero mantuvo durante todo el invierno á un camaleon con solo cucarachas y gusanos de tierra; sin embargo, creemos que son pocos los individuos de esta familia que resistirían un alimento tan poco variado. A los aficionados que no pueden destinar un local caldeado con regularidad al camaleon que tengan cautivo, recomienda Lenz que le preparen una camita caliente y blanda con un plato ó cazuela algo grande, y que en lo mas crudo del invierno pueda ser calentada por medio de una pequeña lámpara.

En el sur de España se acostumbra tener en las habitaciones algunos de estos pequeños reptiles, no tan solo por diversion, sino para aprovechar su actividad en la caza de insectos: se coloca cerca del sitio que se ha destinado al camaleon un vaso con miel para atraer las moscas que con infatigable perseverancia recoge aquel con su lengua. Mi hermano me escribe que en Sevilla se ve casi en todas las tiendas uno de estos esclavos domésticos escamosos.

LOS ASCALABOTES— ASCALABOTÆ

Pocos reptiles han dado pié á tantas consejas y relatos fabulosos como los ascalabotes ó salamanquesas, escamosos de configuración especial y de vida nocturna, que se encuentran en todas las partes del globo; los antiguos los designaban con el nombre de estelios, segun Ovidio, á causa de la pequeña mancha en forma de estrella que tienen en el dorso. Cuenta Aristóteles, que el estelio ó salamanquesa habita en los intersticios de las ventanas, en las habitaciones y en las cuevas; que trepa por las paredes, cayendo á menudo encima de la mesa y dentro de la comida; que duerme en los pesebres y se introduce en las fosas nasales de los asnos, de modo que estos no pueden comer, envenenándolos con su mordedura; que durante los cuatro meses de la estación fría permanece oculto y no come; que en la primavera y

otoño muda de piel y se la come. Gessner dice también que el estelio era considerado en su tiempo como enemigo natural del escorpion, y que el aceite dentro del cual se había hervido el cuerpo de aquel era un curativo eficaz de las heridas causadas por este último. Probablemente se referirá Plinio al gecko ó salamanquesa cuando hablando de algunos escamosos, dice que entre los mismos los hay muy venenosos que causan la muerte de poblaciones enteras, pues subiéndose á los árboles emponzoñan todos los frutos, y cuando caen en una fuente, su agua se convierte en el mas activo veneno.

Hasta tiempos muy recientes se han admitido fábulas parecidas, y aun hoy día, no faltan crédulos que las aceptan como hechos verídicos. Bontius, á quien por lo demás debe la zoología varios datos importantes, cuenta cosas horribles de un ascalabote indio. «Su mordedura es tan venenosa, dice, que en pocas horas causa la muerte, si la parte herida no es amputada ó cauterizada en el acto. Pudé presenciar un hecho parecido en el hospital de Batavia, donde se hallaba un marinero, á quien un ascalabote había corrido por el pecho; el cual ofrecía una enorme ampolla, como producida por agua hirviendo, destilando al abrirla una materia

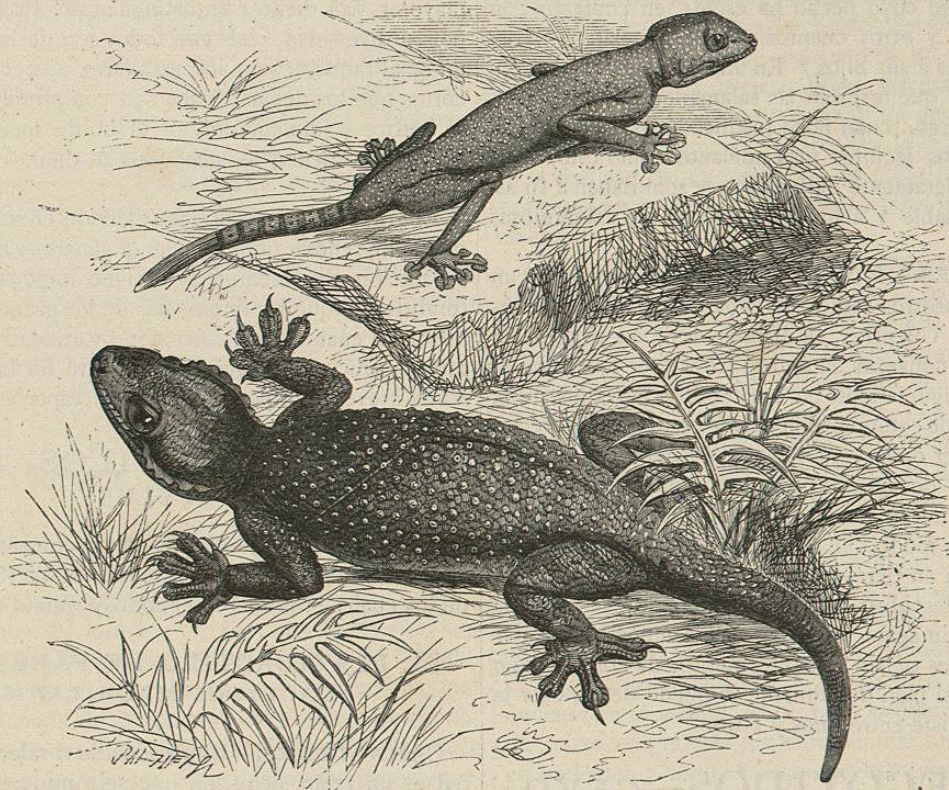


Fig. 55.—LA SALAMANQUESA ÍNDICA

Fig. 56.—LA SALAMANQUESA DE PARED

amarilla y de hedor insoportable. La carne que se descubrió tenía un color pardusco y se gangrenó inmediatamente, cayendo á pedazos. Este lagarto tiene dientes tan fuertes y agudos, que su mordisco queda marcado en el acero. Sus fauces son rojas como un horno ardiendo. A menudo corre por las alcobas, obligando á los habitantes á abandonar la casa; tal es el miedo que infunde. Los javaneses emponzoñan sus armas con la sangre y baba de este reptil; los confeccionadores de veneno, gente desalmada que abunda en este país, cuelgan á estos lagartos por la cola y recogen la baba pegajosa y amarilla, que destilan en su cólera, en una cazuela, exponiéndola despues á los rayos del sol para solidificar la materia. La orina de estos animales produce también ampollas en las partes del cuerpo humano sobre que se aplica.»

Hasselquist pretende que las salamanquesas que viven en Egipto supuran veneno por los surcos ó canales de los dientes, y asegura asimismo que vió á dos mujeres y á una muchacha que habían comido queso envenenado por uno de estos escamosos, y que estuvieron á las puertas de la muerte. «Quien come manjares que ha tocado una salamanquesa con sus patas se vuelve leproso.» Fábulas parecidas ha recogido también Pœppig en el Perú: habla de una cuyo solo contacto causa graves enfermedades; el veneno lo tiene en

la superficie inferior de los dedos, y si bien no tan rápido, no es menos mortal que el de las serpientes venenosas. Los indios está tan persuadidos de esto, que cuando han cortado las patas al animal, lo cogen sin temor alguno con la mano. Asegura Pœppig que felizmente el ascalabote á que se refiere, no busca al hombre, y solo existe el peligro cuando cae encima de él ó lo toca inadvertidamente. Este observador dice que examinó con la lente á uno de ellos muerto, y encontró las escamas perfectamente secas, lo mismo que las patas adyacentes, que disecó «hasta donde su seguridad personal lo permitía,» sin encontrar tampoco rastro de glándulas venenosas; opina por lo tanto que el animal destila el veneno á su antojo. Recomienda asimismo fricciones de aceite caliente, como el mejor remedio para contrarestar el efecto del veneno, que considera que nunca puede ser tan rápido y activo como el de las víboras, por no tener contacto inmediato con la sangre. Schinz cree que se debe aceptar la relacion de un viajero y naturalista tan distinguido como Pœppig, si bien con alguna reserva; yo creo que esta reserva está muy en su lugar, pues podría suceder la diseccion que dice aquel haber practicado en el ascalabote resultase tan poco exacta como la medicion que hizo del condor, y que tan acerbas criticas le ha valido.

Historias no menos horripilantes que estas se oyen en to-